

LA IGLESIA ANTE LOS SIGNOS REVOLUCIONARIOS DE NUESTRO TIEMPO

e. nogales

la fidelidad a los problemas y al pueblo

En el momento de su publicación tuvo bastante repercusión, sobre todo periodística, la llamada Carta Pastoral de los Obispos del Tercer Mundo, que era una respuesta a "los movimientos profundos que sublevan hoy a las masas obreras y campesinas", como se dice textualmente en el encabezamiento. Creo sin embargo, que todavía no se le ha hecho justicia con un comentario serio, comparable al menos al libro *Requiem por el Constantinismo*, sobre la Carta a Latinoamérica del P. Arrupe. Por mi parte, en este número monográfico sobre el Cristianismo en marcha, quiero empezar destacando un aspecto de aquélla: la honradez y claridad ejemplar del *método* que sigue de reflexión y planteamiento de problemas. En primer lugar se hace una presentación objetiva de

datos sociológicos y políticos; luego, se toma conciencia de la situación de libertad o dependencia que la Iglesia institucional tiene con respecto a las estructuras del poder establecido; y, por último, se sacan consecuencias siguiendo la norma de fidelidad al pueblo y a la palabra de Dios.

No se puede decir que el método sea nuevo después del Concilio, pero este documento es un modelo de claridad y concreción en los problemas y de cómo adoptar posturas que entienda el pueblo. Porque tenemos que reconocer que encaramados en teorías, solemos caer aún en el defecto tradicional de estudiar la Teología y en concreto la Eclesiología como si las transformaciones y cambios de estructura en lo cultural, social o político no fuesen otra cosa que un cambio de decoración ante el cual la Iglesia de Dios prosigue imperturbable su representación permanente que se desarrolla con-

forme a reglas eternas y siempre con los mismos textos.

La Iglesia de Dios cambia porque vive *en* el mundo, y tiene un proyecto sobre su futuro del cual somos corresponsables. ¿Sobre qué datos y con qué esperanzas debemos pensar en ese futuro? ¿Qué problemas de los cristianos y de todos los hombres debemos atender en primer lugar, por su urgencia o profundidad? No creamos que los problemas humanos a los que nos referimos son cosas que están ahí, y que no tenemos más que concentrar nuestra atención sobre ellos para *calcular* su solución. Antes tenemos que vivirlos en la propia carne. Estar encarnados en ellos. Y uno siente indecisión a la hora de hablar sobre esto porque no sabe si ama y vive suficientemente la vida de la Iglesia y del pueblo como para permitirse estas reflexiones. La Pastoral de los Obispos del Tercer Mundo sí respira este sentido de pueblo y de encarnación... el exilio, la revolución, el conformismo, la colaboración con los socialistas.

Y otra cuestión de método: para no desfigurar el rostro de la Iglesia con un proyecto inauténtico, debemos tomar como punto de vista, como enfoque evangélico, el punto de vista de los pobres. Al terminar el Concilio, en la finada revista AUN, y después del "concilio de seglares" (ver *Hechos y Dichos* la crónica de Marzal) he oído la opinión de que en la Iglesia se ha logrado un deshielo de estructuras de tipo liberal, pero que queda por hacer una revolución social en las mentalidades y en esas mismas estructuras: una realización del ideal, que como ideal ya está en primer plano, de la Iglesia de los pobres.

dinámica social e iglesia

Al hablar de estructuras de la Iglesia que cambian o pueden ser objeto de una revolución, no me refiero a esos trazos esenciales o "contextura viva de la Iglesia... en que se basa su constitución" (1), sino a su realización más concreta y temporal, a la estructura sociológica, a las instituciones jurídicas y sociales (desde las normas rúbricas hasta la propiedad de bienes, pasando por "obras" y asociaciones... todo ello susceptible de revisión) (2). En estos últimos años, gracias a la profundización de la Teología de la Iglesia impulsada por el Concilio, asistimos a una revisión de un tipo particular de presencia de la Iglesia en el mundo calificado de "triumfalista"... En esto consiste precisamente la historia del Pueblo de Dios, en una continua conversión ("Ecclesia semper reformanda", se dice) para mejor ser signo y sacramento de Cristo resucitado que vive en la marcha de la Historia.

El modo de presentarse el cristianismo no puede ser independiente de las transformaciones de la sociedad. Por tanto debemos preguntarnos en concreto cuáles son los problemas y los compromisos que en la dinámica social de nuestro tiempo pueden influir de una manera más clara en la vida de la Iglesia. E igualmente cuál debe ser el servicio que preste la Iglesia, con la luz que tiene de la Revelación, para responder a esos problemas.

Para ello, intentaremos *en primer lugar* una apreciación fundamentada de la realidad social de nuestro mundo y la situación de la Iglesia en él, para buscar *después*

una interpretación de algunos signos de nuestro tiempo.

rítmo y sentido general de la dinámica social

Los cristianos responsables de nuestra estructura de Iglesia demos ser conscientes de la aceleración del tiempo histórico, es decir, la viveza con que hoy se sienten las exigencias del desarrollo, y la rapidez con que nacen nuevas necesidades, muchas de ellas verdaderas y por tanto creadoras de derechos sociales.

La densidad y rapidez de las comunicaciones y el sentido profundo de dependencia mutua han llevado a la caída del ideal de autosuficiencia individual, creando un nuevo tipo de hombre social. Es el fenómeno de la gran ciudad industrial. El hombre actual *socializado* es un hombre un tanto vagabundo y desarraigado que busca en la solidaridad y la vida comunitaria su salvación, muchas veces sin formularse claramente. Cada vez es, necesariamente, más especialista en su trabajo y en este sentido tal vez se sienta como abarcado por una sociedad compleja y difícil. Sin embargo, se rebela, no acepta quedar definido por un cuadro estático de trabajos y funciones y uniéndose a sus compañeros quiere estar, y de hecho lo está, comprometido en la historia, en la construcción difícil de un mundo más humano. El *acceso de las masas a la política* es una prueba de esta voluntad de ejercer su libertad en los proyectos comunes, y un nuevo aspecto e importante de este hombre nuevo de nuestros días.

las clases sociales hoy

Por supuesto las clases sociales no son hechos sociológicos que se realicen siempre y en todas partes idénticamente. Sin embargo es verdad que nuestra sociedad sigue dividida en grupos antagónicos. Friedmann opina que "mientras el obrero continúe, como individuo, sintiéndose en el trabajo subordinado, segregado, obligado", se justificará que exista entre los militantes de base el estado apartado, no cooperativo, *revolucionario*" (3). La actual tensión existente, aun en los países más desarrollados, entre los amos de las máquinas y los esclavos de las máquinas, como afirma F. Perroux, es semejante a la existente en el proletariado del tiempo de Marx, aunque sea por distintos motivos: es el proletariado psicológico, el proletariado típico en una época socializada. Las reivindicaciones han pasado del terreno económico al político y cultural, y son igualmente justas. Mientras no sean satisfechas serán raíz del mordiente combativo que tiene el movimiento obrero. No se mueve, no debe moverse el obrero en la lucha por odios personales, eso sería chato anticapitalismo, que no sabría qué hacer después de la victoria; se mueve por algo positivo: "la participación de la clase obrera en el progreso general de la humanidad", como dice desde hace años Msr. Ansel. A este progreso la clase obrera aporta una virtud muy característica, la solidaridad, una aspiración profunda a la fraternidad universal. Y la Iglesia tiene que plantearse que el Pueblo de Dios no tendrá su verdadero rostro hasta que lo que representa el mundo obrero en aspiraciones valores y vida humana sea asumido por ella (4).

tercer mundo e "imperialismo internacional del dinero"

¿Qué fórmula de juicio y qué actitud de servicio puede o debe adoptar la Iglesia ante los países ricos que no saben o no quieren oír a los países en que reina el hambre? El actual capitalismo tiene que reconocerse claramente incapaz de solucionar nada por el sistema del comercio internacional compensador. El pensamiento del pueblo que se va haciendo consciente es que no caben más que las actitudes revolucionarias. Y a ellos se suman cada vez más economistas, sociólogos (5). En estas situaciones debería hacerse claro que es incompatible ser cristiano y pertenecer a esas oligarquías que resisten a la promoción del pueblo, responsables primeros de la violencia y quieran o no cooperadores del "imperialismo internacional del dinero" de que habla la *Populorum Progressio*.

el horizonte político-cultural

Para terminar estos trazos sobre la situación de nuestro tiempo quiero hacer una alusión al problema de las ideologías en cuyo contexto se plantean los proyectos futuros y dentro del cual hay que entender el problema de la autoridad y la convivencia pluralista de las asociaciones, entre las cuales se encuentra la Iglesia visible.

El principio de la autodeterminación de los pueblos se opone a todo paternalismo o mesianismo, en que todavía caen muchos de nuestros enfoques pastorales de Iglesia. Tanto el Liberalismo como el Socialismo ponen su esperanza histórica en los hombres, en plural;

ambos creen que las exigencias del desarrollo y el progreso son más complejas y dinámicas que lo que cualquier persona y grupo especializado puede abarcar y evolucionar. La "razón", dicen sus teóricos desde el principio, reside en el pueblo, verdadero sujeto de la historia y la vida política. Creo que todavía hoy el liberalismo y el socialismo marcan las fronteras de nuestro horizonte ideológico y el que tengan estas coincidencias es importante (6).

Por eso la sociedad actual no buscará su salvación en enviados de "fuera", aunque sean de una Iglesia que se dice universal. Pero debemos notar que el principio de la autodeterminación no se identifica con el de la autosuficiencia del siglo de las luces y aquel siglo XIX satisfecho por la cantidad de cosas que sabía e inventaba... Nuestra sociedad tiene hoy más conciencia de su limitación y menesterosidad. Desde la primera guerra mundial el progreso no es aceptado sin más. Cada vez nos damos más cuenta del valor ambiguo de los inventos, del progreso de la ciencia, del poder económico y político... que no deja de amenazarnos. Tenemos conciencia colectiva, aunque sea inconsciente a veces, de que somos peores de lo que quisiéramos ser. Este misterio del mal, la guerra, la injusticia llamada hambre nos impresiona. Algunos desesperan de que las cosas puedan arreglarse... Otros esperan y animan su fe en una meta de la historia que les ilumine. Pero han caído muchos mitos. La fe, la Iglesia se presentan con un signo nuevo, purificado, por lo menos en los grupos más firmes. Es una fe más sencilla y sin pretensiones. Una fe que tiene conciencia de las situaciones de pecado y violencia que debe asumir, comprender y con-

vertir. Es una fe de samaritano, fe de pecador, fe pobre e indefensa que rehusa apoyarse en la ambigüedad de las potencias de la tierra, porque pueden herir u oprimir al pequeño. Por algo Jesús no se apoyó en ellas.

Sería un grave pecado que los cristianos no sintiésemos confianza en el sentido de esta dinámica social y quisiéramos retener la historia en moldes antiguos, apoyados en estructuras de poderes conservadores. La Iglesia desde su cabeza visible hace ya algunas importantes revisiones, comenzadas en el Concilio: admisión del moderno sentido de libertad y autonomía del mundo, adaptación de sus estructuras misioneras y obras asistenciales y otras muchas renunciadas constantinianas, como se las ha llamado. También queda mucho por hacer, somos hombres... , en concreto en nuestro país existen fuertes implicaciones que en opinión de muchos, sobre todo en el mundo de los pobres y los grupos más militantes, amenazan nuestra vida de fe colectiva (7). Tal vez ocurra que muchas de las renovaciones que ahora tanto cuesta hacer desde la cabeza jerárquica, sean más fáciles cuando haya una representación más amplia del seglar, con un diálogo continuado que supere pequeños recelos y temores sobre todo con respecto al mundo obrero. Una renovación social en la Iglesia tiene que venir del mundo de los pobres. . .

interpretar y responder al signo de nuestro tiempo

La teología de los "signos de los tiempos", nos enseña que éstos son un elemento de reconversión de

los cristianos y la Iglesia en conjunto (8). De la captación y respuesta de estos signos puede depender que nuestra vida de fe sea "viva" o languidezca desfasada de nuestras reales preocupaciones y proyectos. Y mucho más nuestra acción apostólica. Hoy nadie busca enviados del cielo. Hoy nos apoyamos para superar nuestras limitaciones en testigos vivos de nuestro tiempo que vivan nuestros problemas como uno más, pero que hayan ahondado en nuestra existencia con una esperanza humana y más-que-humana a la vez, y animen a superar las injusticias de nuestra difícil situación social. Testigos de nuestro tiempo que desde dentro de nuestra historia y nuestra comunidad veamos que viven una comunidad de fe, y realizan una solaridad que da sentido al avance de la historia.

Y bien, ¿quién define la llamada concreta y la respuesta que hay que dar a estos signos, que no son del cielo, como dice el Evangelio (Mt. 16,3), sino que como el Reino, está entre nosotros y dentro de nosotros también? Puesto que es un tema que afecta al problema dogmático del magisterio en la Iglesia, no trataremos aquí la cuestión de competencias por derecho. Pero sí queremos subrayar una observación de hecho sobre la capacidad sociológica de la Jerarquía y los seglares para captar la novedad e importancia de estos signos: "Si no queremos cerrar los ojos a la realidad, hemos de admitir, que salvo excepciones —que nos parecen necesarias— sus funciones imponen de ordinario a la Jerarquía un modo de vida, una mentalidad, que no se adecua al medio ambiente de la humanidad ordinaria en el que entra en juego precisamente el misterio de la Iglesia. Son los laicos los que es-

tán de continuo enclavados en el punto de convergencia de las apelaciones de la vida temporal y de los imperativos de la gracia". La Jerarquía debe estar a la escucha, buscar el diálogo, y según el carisma que se le ha conferido, hacer que este diálogo "desemboque en comunión" (9).

El que los *seglares* lleguen a tomar conciencia de que son el *centro dinámico de la Iglesia* es la condición de que el "aggiornamento" de la Iglesia en la *dinámica social* llegue a su punto.

Por mi parte, como una opinión cristiana ante estos signos de cuya captación e interpretación todos somos responsables, intentaría resumir el hecho actual en tres palabras: *promoción colectiva, pobreza y revolución*. Hay otros enfoques posibles, y no digo que mi opinión deba prevalecer. Siempre debemos admitir un pluralismo en diálogo. Sin embargo, desde un punto de vista de la Iglesia de los pobres creo que hoy se puede afirmar que la revolución, entendida como exigencia justa en el contexto de la *dinámica social* antes indicado, puede ser tenida como un signo de nuestro tiempo. Y no basta con hablar de problemas del desarrollo. La palabra misma revolución tiene su valor que no veo por qué deba ser despreciado.

Pero antes de seguir adelante es preciso que nos detengámos en definir algunos términos y evitar así la confusión.

Revolución es una de las palabras menos matizadas y evoca casi siempre recuerdos desagradables cargados de emotividad. Puede tener un sentido popular peyorativo "una especie de huracán arrollador que trastueca ideas y cos-

tumbres y permite novedades insospechadas y temerosas", en frase de Pablo VI a las abadesas benedictinas de Italia (28-XI-66).

Junto a esta definición popular, la palabra revolución tiene un sentido técnico y científico, y se aplica a la realidad social, económica y política. Aquí entendemos la revolución en su sentido técnico, es decir, en frase de Snoek, "un cambio producido deliberadamente, rápido y profundo, que afecta a todas las estructuras básicas (políticas, jurídicas, sociales y económicas) y corresponde a una ideología y a una planificación. Se diferencia de la evolución por la rapidez y por la intencionalidad del proceso".

La revolución en que los cristianos pueden y deben comprometerse, no es una mera revuelta de palacio por la que un grupo sustituiría a otro en el poder quedando intacta la situación objetiva, sino una transformación profunda de todas las estructuras. Esto supone por definición que la clase que hace la revolución debe tener una concepción global del nuevo orden que pretende establecer. La pura subversión sería quizás peor que el revisionismo o el reformismo, e incluso peor que las injusticias de la situación establecida que se pretende eliminar. Al hablar de este nuevo orden nos referimos más en concreto, a todo cambio estructural de tipo cualitativo, como puede ser, por ejemplo, una reforma agraria radical o una reforma radical del derecho de propiedad.

La revolución no implica necesariamente la *violencia*, aunque en la práctica será difícil evitarla. Son precisamente los responsables del viejo orden los que decidirán sobre el grado de violencia que

acompañe a la revolución en la medida en que se sometan o resistan a dar paso al nuevo orden.

Dada la brevedad de estas páginas prescindimos de considerar superficialmente los problemas morales implicados en la revolución, así como del conflicto bélico en cuanto tal por las matizaciones que sería necesario hacer al entrar en juego el armamento moderno.

revolución y estructuras de la iglesia

Aceptar este signo de nuestro tiempo, con la purificación de nuestra fe y el testimonio colectivo que de ella hemos de dar, supone el derrumbamiento de todo un panteón de los más diversos ídolos cristianos y eclesiales, como por ejemplo la idea de orden y de paz constantiniana. Los teólogos de la secularización ayudan en este proceso, pero creo que en el fondo es la situación sociológica de la Iglesia actual —clérigos y laicos— la que ha provocado el problema. Por ello Congar se pregunta: “¿Cómo redimirán los cristianos la debilidad que ha permitido que en los países bautizados el dinero se haya convertido en rey?” (10). Y aventurando una respuesta que el autor de este interesante artículo no se atreve a formular, nosotros diríamos: la pobreza auténtica es hoy un signo profético de revolución. Un detalle: afirma E. Pin en un estudio sociológico sobre el trabajo del sacerdote, que lo que se rechaza y

tiene dificultades no es que el sacerdote gane su pan con un trabajo remunerado, sino que el sacerdote que ha estudiado trabaje manualmente, porque se considera una actitud de protesta. . .

Los cristianos podemos redimir hoy aquella “debilidad” aceptando la dinámica social de la pobreza, la dinámica social de los movimientos populares que hoy reivindican sus derechos e integrándonos profundamente en su vida y sus compromisos de acción. Sabemos que gran parte de esos movimientos tienen un espíritu y un lenguaje revolucionario. Hay cristianos que ya usan ese lenguaje y viven lealmente, creo, ese espíritu. Pero no bastan las excepciones, como no han bastado las palabras: es la doctrina misma de la Iglesia (11), es la liturgia del Pueblo de Dios en exilio y en marcha, es la responsabilidad del seglar en la estructura jurídica y patrimonial de la Iglesia (12), es la expresión misma de nuestra fe en un mundo nuevo... lo que debemos revisar para ser testimonio más claro de comunión, de pobreza encarnada, de compromisos para realizar una promoción colectiva. Y esto con la generosidad del revolucionario que vive profundamente la esperanza cristiana.

La Esperanza es la virtud de la revolución, y la clave también de una teología de la revolución. Desde ella, en una acción comprometida, cabe la comprensión cristiana purificadora de las ideologías revolucionarias actuales (13).

notas

- 1.—HANS KÜNG, *Estructuras de la Iglesia*, p. 13-14.
- 2.—Ver el planteamiento predominantemente sociológico del libro *Faut-il des institutions chrétiennes*, donde colaboran CALVEZ, ISAMBERT, DANÉLOU, Msr. ANCEL, Ed. Desclée de Brouwer; *Recherches et Débats* (1967) 60.

- 3.—*Tratado de Sociología del Trabajo*, Fondo de Cultura Económica, tomo II, p. 387-8. Creo que estas conclusiones que saca FRIDMANN de los estudios de todo el Tratado, en el último capítulo "Tendencias de hoy, perspectivas de mañana", son de lo más autorizado que se ha escrito sobre la dinámica social de las clases sociales, cuya reivindicación más profunda es "la enseñanza y la promoción colectiva", que "supone cambios en las instituciones cuya amplitud y profundidad no subestimamos", p. 395.

Sobre el concepto de clases sociales y su aplicación a la pastoral, ver E. PIN, *Les Classes sociales*, Ed. Spes, París 1962. Hay traducción castellana.
- 4.—*Masses Ouvrieres* 224 (1967) dedica el número al tema *Pueblo Obrero, Pueblo de Dios*.
- 5.—C. J. SNOEK, *Tercer Mundo: Revolución y Cristianismo*: Concilium 15 (1966), donde se citan los planteamientos de economistas y sociólogos. En el mismo número de esta revista, al final del artículo de Y. CONGAR, *Situación de la pobreza en la vida cristiana dentro de una civilización del bienestar*. La captación de la dinámica social de este Tercer Mundo tal vez sea debida al historiador TOYNBE que le llamó "proletariado exterior". P. Moussa escribió después su libro *Las naciones proletarias*, Trad. en Ed. Tecnos. Frente a este mundo o geografía del hambre, como lo llama JOSUÉ DE CASTRO, desde Lenin se ha hablado del "imperialismo capitalista". Pablo VI acepta esta formulación del fenómeno opresivo en la *Populorum Progressio* (n. 26), donde habla de "imperialismo internacional del dinero".
- 6.—Así SABINE, *Historia de la teoría política*, Ed. Fondo de Cultura Económica, 3.^a Ed. en español, 1965.
- 7.—El artículo de J. BLAS DE LA ROSA, *Las implicaciones que amenazan nuestra vida de fe colectiva*, en nuestra revista n.º 57, nos ahorra concretar más.
- 8.—Ver, sobre todo, MNS. PELLEGRINO, *Signes des temps et réponse des chrétiens*: La Documentation Catholique 64 (1967). También es fundamental sobre el concepto y teología de los signos de los tiempos M. D. CHENU, *Les signes des temps*: Nouvelle Revue Théologique 87 (1965).
- 9.—J. M. R. TILLARD, *Centro dinámico de la Iglesia: los laicos*: Selecciones de Teología 25 (1968) 53-54.
- 10.—Y. CONGAR, *Situación de la pobreza en la vida cristiana dentro de una sociedad del bienestar*: Concilium 15 (1966).
- 11.—Así los enfoques de "teología política" y "antropología teológica" de METZ y K. RAHNER, respectivamente.
- 12.—Los problemas de las nuevas formas litúrgicas, de la responsabilidad de los seglares y del puesto sociológico del sacerdote creo que deben ser enfocados, respetando lo que haya que respetar, desde el punto de vista de los nuevos signos de una sociedad industrial y dinámica, secularizada y pluralista; es decir, una sociedad que necesita un testimonio de comunidad viva y de pobreza profética y revolucionaria, como cabe interpretar en el humanismo revolucionario de la *Populorum Progressio* (Cfr. ANTONIO L. MARZAL, *El nuevo humanismo*, Comentarios de Cuadernos para el Diálogo a la P. P., Madrid 1967, sobre todo pp. 136 ss.). Desde el punto de vista de la estructura de la Iglesia nos deberíamos preguntar: en la hipótesis de que la actitud de Camilo Torres no fue en el fondo, más allá de lo anecdótico, condenable, ¿cómo deben cambiar las instituciones de la Iglesia para que sea posible reconocer en ésta y parecidas posturas una respuesta cristiana viable, entre otras, una respuesta profética al problema central de su pueblo y una respuesta mejor que la aceptación pasiva (la colaboración pasiva hoy tiene gran importancia política) de que muchos podríamos ser acusados?
- 13.—El presente artículo exige la profundización teológica que se da en este mismo número al tema de la revolución en el artículo de JULIAN BLAS DE LA ROSA *Pueblo de Dios en Revolución*.